

Abstenerse del terror: la paradoja de la no violencia en el Sáhara Occidental

Refraining from terror: the puzzle of non violence in Western Sahara

Matthew Porges

Maestría en Estudios de Guerra, Royal Military College of Canada
matthew.porges@gmail.com

Christian Leuprecht

Catedrático de Ciencias Políticas, Royal Military College of Canada.
christian.leuprecht@rmc.ca

Resumen: En el Sáhara Occidental, antigua colonia española ocupada por Marruecos desde 1975, no ha habido prácticamente ninguna resistencia violenta por parte del pueblo indígena saharauí desde el final de la guerra de 1975-1991 entre Marruecos y el Frente Polisario. La ausencia de violencia sorprende por varios factores: amplio apoyo de la población a la independencia, disparidades sociales y económicas entre marroquíes y saharauis, así como una brutal represión de Marruecos de la cultura, la resistencia y las manifestaciones del sentimiento independentista saharauí. Este artículo analiza la lógica de la violencia –y de su ausencia–, así como la resistencia, y extrae lecciones del Sáhara Occidental. Además de avanzar en el desarrollo teórico, se realiza un aporte metodológico al estudio de la resistencia y una mejor comprensión del conflicto del Sáhara Occidental mediante un trabajo de campo que incluyó unas 60 entrevistas con activistas saharauis realizadas durante el verano de 2014.

Palabras clave: no violencia, independentismo, represión, Sáhara Occidental, Marruecos

Abstract: In Western Sahara, the former Spanish colony occupied by Morocco since 1975, virtually no violent resistance has been mounted by the indigenous Sahrawi people since the end of the 1975-1991 war between Morocco and the pro-independence Polisario Front. This absence of violence is puzzling in the light of several factors: the widespread public support for independence; the social and economic disparities between Moroccan and Sahrawi inhabitants of the territory; and Morocco's brutal repression of Sahrawi culture, resistance, and expressions of pro-independence feeling. This article examines the logic of violence (and its absence) and of resistance, and draws lessons from Western Sahara. As well as advancing theoretical development, the article makes a methodological contribution to the study of resistance, and improves our understanding of the Western Sahara conflict through fieldwork, including around 60 interviews with Sahrawi activists conducted in the summer of 2014.

Key words: non violence, pro-independence, repression, Western Sahara, Morocco

A primera vista, el Sáhara Occidental parecería el lugar ideal para llevar a cabo una insurgencia. La baja densidad de población del territorio y la tradicional insistencia del pueblo indígena saharauí en desplazarse y sobrevivir en el desierto parecen conferir una ventaja táctica para un movimiento de *resistencia relámpago* (ataque y retirada). Las principales ciudades del territorio están aisladas y son accesibles sobre todo por vía aérea o por un número reducido de carreteras principales, todas ellas, en gran parte, sin vigilancia y vulnerables al sabotaje. La presencia militar marroquí en el territorio, aunque numéricamente superior a cualquier posible movimiento de resistencia saharauí, se concentra en unas pocas zonas. Las principales industrias del territorio –la pesca, la minería de fosfato y la esporádica y tentativa exploración de petróleo– son también todas ellas vulnerables al sabotaje. Si bien las grandes ciudades como El Aaiún, Dajla y Smara están, en su mayor parte, saturadas de presencia militar, policial y de inteligencia marroquí, el resto del territorio es remoto y difícil de vigilar. El nombre histórico árabe para el territorio, *Bilad as-Siba*, significa «la tierra sin autoridad» o «el país ingobernable» (en oposición a *Bilad al-Majzen*, las tierras bajo control directo del Gobierno central) (Besenjo, 2009: 48).

Asimismo, las razones para participar en una insurgencia violenta también parecerían considerables. Aunque obtener datos fiables sobre el Sáhara Occidental es a menudo difícil, la mayor parte de las evidencias disponibles sugieren que una mayoría de los saharauis que viven en el territorio ocupado está a favor de la independencia de Marruecos y de la integración en un Estado principalmente saharauí bajo el gobierno del Frente Polisario, que actualmente actúa como un Gobierno en el exilio, con sede en Tinduf (Argelia). La guerra de 1975-1991 entre Marruecos y el Polisario –que da pistas sobre cómo sería una futura insurgencia en el desierto del Sáhara Occidental– es celebrada por los saharauis tanto en el Sáhara Occidental ocupado como en los campamentos de refugiados en Argelia. El compromiso del Polisario con el acuerdo de alto el fuego post-1991 ha sido descrito como una continuación de la «guerra por otros medios» (Zunes y Mundy, 2010: xxix), y los dirigentes del Polisario han dejado claro con palabras y hechos que están dispuestos a volver a la guerra si fuera necesario. Mientras tanto, los esfuerzos diplomáticos por promover la causa de la independencia saharauí en la Unión Africana (UA) y las Naciones Unidas han fracasado en gran medida, obstaculizados por una combinación de la intransigencia de Marruecos y de maniobras de *realpolitik* por parte de los aliados internacionales de este país, incluidos Estados Unidos y gran parte de Europa. Varios académicos –y algunas de las personas entrevistadas para este proyecto– han observado que muchos jóvenes saharauis en el Sáhara Occidental apoyan el retorno a la guerra. En estas circunstancias, ¿por qué no ha habido prácticamente violencia política por parte de los saharauis desde 1991?

Los instrumentos de resistencia abarcan desde el activismo pacífico hasta los ataques suicidas. Un movimiento puede emplear simultáneamente una variedad de estrategias dentro de este espectro, así como incluir a personas con diferentes objetivos y motivaciones, o distintas estrategias para lograr objetivos específicos. En este marco, el estudio de la ausencia de violencia en el Sáhara Occidental por parte del movimiento de resistencia saharauí en favor de la independencia puede ayudar a comprender la resistencia y la violencia política en términos más generales. Los resultados de esta investigación se muestran en este artículo, basado principalmente en el trabajo de campo llevado a cabo en el Sáhara Occidental y en Marruecos en el verano de 2014. Este trabajo sobre el terreno era necesario por la escasez de literatura sobre el conflicto; el Sáhara Occidental está, en la práctica, cerrado en gran parte a periodistas e investigadores, y mucha de la literatura existente viene motivada por la investigación partidista y a menudo descaradamente sesgada. La literatura rigurosa sobre el tema con frecuencia está basada en trabajos de campo llevados a cabo antes de 2010 (año a partir del cual un campamento de protesta y el consiguiente enfrentamiento entre manifestantes saharauíes y soldados marroquíes en Gdeim Izik hicieron que la investigación se volviera más difícil), o se interroga sobre cuestiones específicas de relevancia solamente tangencial a los objetivos de este artículo.

Las secciones iniciales de este artículo sirven de marco teórico y exponen la pregunta de investigación: el Sáhara Occidental tuvo su cuota de violencia en el pasado y parece que se mantienen las condiciones idóneas para la resistencia violenta; no obstante, no hay prácticamente violencia por parte de los saharauíes. Si bien gran parte de la literatura sobre violencia, ausencia de violencia y no violencia es relevante para un debate sobre el Sáhara Occidental —y aunque existe un cuerpo de literatura no trivial y creciente sobre el propio conflicto—, la limitada investigación empírica y etnográfica sobre el conflicto en el contexto post-1991 implica que el problema de investigación que motiva este artículo no pueda ser respondido únicamente por medio de fuentes secundarias. Como consecuencia, este estudio también pretende hacer una aportación empírica novedosa a la limitada literatura sobre el Sáhara Occidental. La sección dedicada a los métodos de investigación expone el proceso de las entrevistas en Marruecos y el Sáhara Occidental, así como explicaciones comunes para la no violencia entre la población saharauí. En los siguientes apartados se analizan los hallazgos, se proponen dos ejercicios de reflexión como medio para explorar lo que podría suceder en el caso de que se diera una resistencia violenta real y se discuten las implicaciones de la violencia política. Por último, la conclusión sintetiza las lecciones aprendidas y las orientaciones para la investigación futura, así como las posibles limitaciones de este estudio y de sus hallazgos.

El conflicto del Sáhara Occidental

El conflicto del Sáhara Occidental destaca por la relativa escasez de investigaciones, especialmente en lengua inglesa. El trabajo de campo no es fácil en el territorio: las autoridades marroquíes obstaculizan activamente el periodismo independiente y la investigación académica. A menudo, los investigadores occidentales en la zona han encontrado hostilidad por parte de las fuerzas de seguridad de Marruecos, con detenciones, seguimientos evidentes, deportaciones y distintos niveles de intimidación. Los saharauis que colaboran con investigadores también pueden enfrentarse a un mayor escrutinio o represión. Los problemas de seguridad y para la investigación se agravan por lo remoto del territorio, la exigencia física debida a la dureza del clima, la existencia de minas sin explotar, la barrera del idioma¹ y la percepción del Sáhara Occidental como un espacio poco poblado y relativamente sin ley. La atención activista popular al conflicto está limitada por la falta de investigación académica y por la sistemática campaña de desinformación de Marruecos acerca de la historia y la demografía del conflicto. El «apagón informativo» impuesto por Marruecos en el territorio ha tenido, en este sentido, cierto éxito. Ahora bien, mientras que la investigación en la zona del Sáhara Occidental ocupada por Marruecos es muy difícil de llevar a cabo, la investigación en los campos de refugiados controlados por el Frente Polisario en Argelia es substancialmente más fácil en muchos aspectos. El Polisario ha sido más complaciente con los periodistas e investigadores, y a menudo facilita el trabajo académico en su territorio. Por ello, los académicos interesados en trabajar sobre el conflicto con frecuencia terminan yendo a Tinduf, en lugar de arriesgarse a viajar al Sáhara Occidental ocupado.

No obstante, existen algunas buenas fuentes para la investigación. La más completa es, con diferencia, el libro de Steven Zunes y Jacob Mundy (2010), *Western Sahara: War, Nationalism, and Conflict Irresolution*. Mundy (2012) también ha examinado el contexto político y social de los colonos marroquíes en el Sáhara Occidental, la transición de la violencia a la no violencia en el conflicto (Mundy y Stephan, 2006) y el singular caso del campamento de Gdeim Izik y de los posteriores disturbios (Mundy, 2010). La obra de Zunes (2010) se ha centrado principalmente en la no violencia, tanto en la teoría como en la práctica. Ambos han escrito también sobre la historia diplomática del conflicto. Hay otras historias del conflicto, como las de Jensen (2012), Shelley (2004) y San Martin

1. El árabe Hassaniyya –el dialecto saharauí– y el árabe marroquí o el árabe estándar moderno son mutuamente inteligibles solo parcialmente; además, el árabe marroquí ya es de por sí considerado uno de los dialectos árabes más difíciles de aprender.

(2011), y muchos análisis e historias del Sáhara Occidental se escribieron durante la guerra de 1975-1991, aunque estos han sido, en general, subsumidos en los trabajos más recientes. Respecto al trabajo etnográfico, este es mayoritariamente anterior a la ocupación y a los consiguientes retos para la investigación. *Estudios Saharianos* del antropólogo español Julio Caro Baroja (2008 [1955]) sigue siendo la mejor y más detallada obra de etnografía saharauí; la obra *Spanish Sahara*, de Mercer (1976), es igualmente valiosa por sus observaciones sobre la cultura saharauí antes de la invasión marroquí. También hay una pequeña parte de la bibliografía que se centra de forma específica en la no violencia en el Sáhara Occidental, pero esta es en gran parte más descriptiva que explicativa y está relacionada con el caso del campamento de protesta de Gdeim Izik, que atrajo una considerable atención al suponer una desviación clara de la estrategia no violenta.

El Sáhara Occidental, asimismo, ha sido considerado en ocasiones como un potencial campo de reclutamiento de Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI); pero pocos, por no decir ninguno, de estos estudios tienen una base empírica. Otras informaciones basadas en la inteligencia proveniente de recursos abiertos (*open-source intelligence*) apuntan a todo lo contrario, a un rechazo total del islamismo radical tanto por parte del Polisario como de los saharauis en la zona ocupada y en los campos de refugiados. Tras haber rechazado la violencia –al menos parcialmente– porque compromete la imagen pública de su lucha, cuesta imaginar qué podría obtener el Frente Polisario de una relación con Al Qaeda. Por el contrario, Marruecos puede claramente beneficiarse de fomentar el miedo a la radicalización. Hay muchos estudios académicos sobre conflictos no violentos que, por su relevancia para la comprensión de estas posiciones, son de gran interés para los investigadores del Sáhara Occidental. La tipología de los movimientos de resistencia no violentos de Sharp (1973) sigue siendo fundamental en este campo, como lo es el estudio de Chenoweth y Stephan (2012) sobre los movimientos de resistencia a lo largo del tiempo; sin embargo, el presente artículo se refiere más a la lógica estratégica de la violencia y de la ausencia de esta, que a la práctica de la no violencia en el Sáhara Occidental propiamente, que ya de por sí es un fenómeno complejo y fascinante.

La pregunta de investigación

El tema de investigación consiste en explicar cómo –con una población que (al igual que todos los movimientos políticos) incluye presumiblemente a individuos con una amplia gama de objetivos– el movimiento a favor de la independencia del Sáhara Occidental ha conseguido imponer a sus miembros una estra-

tegia concreta (la no violencia) durante más de dos décadas, y prácticamente sin deserciones. Y todo ello en un territorio en el que ha habido mucha violencia en el pasado: la historia del Sáhara Occidental como entidad cartográfica ha sido una historia de violencia persistente, irregular, de bajo nivel; violencia que empezó con los enfrentamientos entre los colonos españoles y los invasores nómadas en la década de 1880; continuó con el nacimiento del nacionalismo saharauí en el siglo xx, y culminó con la guerra entre Marruecos y el Frente Polisario. ¿Por qué ahora no hay prácticamente violencia por parte de los saharauís en el Sáhara Occidental, a pesar de la existencia de una violenta y represiva fuerza ocupante, de una población frustrada y enfadada, y de abundantes ocasiones para que las personas se desvíen de la estrategia de no violencia del Polisario?

A este respecto, Kalyvas (2006: 388) plantea la hipótesis de que la violencia ni es fortuita ni exclusivamente estratégica y racional; por el contrario, la vio-

¿Por qué ahora no hay prácticamente violencia por parte de los saharauís en el Sáhara Occidental, a pesar de la existencia de una violenta y represiva fuerza ocupante, de una población frustrada y enfadada, y de abundantes ocasiones para que las personas se desvíen de la estrategia de no violencia del Polisario?

lencia selectiva «se produce de forma conjunta por actores políticos que buscan información y por no combatientes individuales que tratan de evitar lo peor, pero a la vez aprovechan las oportunidades que su difícil situación les ofrece». Gran parte de su obra examina la relación entre el control sobre un territorio determinado y la necesidad de información como

base para implicarse en la violencia selectiva. Durante una guerra civil, el control sobre un área es generalmente disputado por grupos políticos que compiten entre ellos; en el caso del Sáhara Occidental, el control (marroquí) de las áreas urbanas es hegemónico, mientras que el control de las zonas rurales es solo marginalmente menor, aunque quizá se manifiesta con menos claridad. Las implicaciones de esto son numerosas: «El tipo de soberanía o *control* que prevalece en una región determinada afecta al tipo de estrategias de los actores políticos (...) A medida que el conflicto madura, es cada vez más probable que el control desemboque en la colaboración, porque los actores políticos que controlan una parte sustancial del territorio pueden proteger a los civiles que allí viven –tanto de sus rivales como de ellos mismos–, ofreciendo a los civiles, que luchan por su supervivencia, un fuerte incentivo para colaborar con ellos, independientemente de sus preferencias verdaderas o iniciales» (ibídem: 12). En referencia al control, la información y la violencia, «la predicción es que es más probable que la violencia ocurra cuando un actor es casi hegemónico, que no cuando este actor tiene el pleno control o es disputado. En otras palabras, la violencia es más probable cuando la organización satisface por sí misma su necesidad de información» (ibídem: 13).

Al igual que el autor anterior, Weinstein (2006) trata de explicar las variaciones en el nivel de violencia durante las guerras civiles. Plantea la hipótesis de que los rebeldes que dependen de la población civil para conseguir recursos, apoyo y demás se diferencian significativamente en la estructura, la táctica y la estrategia –en particular con respecto a la violencia–, de los rebeldes que tienen algún tipo de apoyo externo o habitan en territorios ricos en recursos. Dicho de otro modo, los grupos rebeldes que tienen bases de apoyo exógenas (a su población civil) son más propensos a utilizar una violencia aparentemente aleatoria que los grupos rebeldes sin apoyo exógeno, los cuales tienden a producir más de lo que Weinstein denomina «rebeldes activistas». Así, se podría diferenciar el Polisario de la resistencia interior, en el Sáhara Occidental ocupado. Ambos ofrecen una interesante aplicación de la hipótesis de Weinstein: el Polisario tiene algún apoyo (político) externo –por parte de Argelia y también en forma de ayuda–, que serían los recursos según este modelo; en cambio, en el Sáhara Occidental ocupado, el movimiento de resistencia no tiene ninguna ayuda externa funcional ni acceso a los recursos del territorio; por lo tanto, podríamos esperar –y esperamos– una «rebelión de activistas» que respondería más al agravio que a la ambición, ya que no hay un beneficio material claro en participar en la rebelión en el Sáhara Occidental, más allá de demostrar convicción a otros miembros del grupo. El grado en que este supuesto sea generalizable o no a rebeliones no violentas es un campo para futuras investigaciones.

Por su parte, Pearlman (2014: 9) plantea la hipótesis de que los movimientos son capaces de comprometerse con la no violencia como estrategia solo cuando cuentan con cohesión interna y liderazgo para disuadir a aquellos miembros que deseen utilizar la violencia. La autora define la cohesión de un movimiento como «el grado en que esta entidad, sin ser en realidad una “entidad”, actúa como tal. La fragmentación es el grado en que no lo hace». Sin embargo, el modelo de Pearlman no concuerda con los resultados observados en el Sáhara Occidental, donde un movimiento que carece de cohesión según la definición de esta autora (es decir, que sea fuerte, con liderazgo sólido e instituciones) manifiesta, sin embargo, un comportamiento coherente y una insistencia estructural en la no violencia aparentemente eficaz. El movimiento de resistencia del Sáhara Occidental, que no parece una «entidad» en palabras de Pearlman, actúa en gran medida como tal. La manera en que un movimiento de resistencia «elige» su estrategia es objeto de varios estudios académicos, como lo son las condiciones en las que se puede considerar que un movimiento tiene capacidad efectiva de «elegir». Se requiere cierto nivel de cohesión para atribuir intencionalidad a una estructura social compleja como algo más que una propiedad acumulada de la voluntad colectiva de sus miembros. La mayoría de los relatos de la resistencia saharauí en el territorio

ocupado presentan esta cohesión como no jerárquica y descentralizada, sin el tipo de estructuras de liderazgo habitualmente asociadas con la disciplina estratégica.

Un problema detectado en la descripción de un movimiento de resistencia no violenta radica en la definición misma de la no violencia. ¿En qué consistiría exactamente apartarse de la no violencia? Hay muchos ejemplos registrados de manifestantes saharauis lanzando piedras y cócteles molotov. En estos casos, una visión binaria violencia/no violencia puede no ser particularmente útil. Estos hechos, sin embargo, son la excepción que confirma la regla. Para tratar de explicar la ausencia de resistencia violenta, en primer lugar debemos describir los tipos de resistencia que esperaríamos encontrar. Como Pearlman (2014: 2) nos recuerda, «la cuestión de por qué los movimientos utilizan medios violentos (...) es inseparable de la cuestión de por qué utilizan o no medios *no violentos*».

La violencia y la no violencia no son necesariamente excluyentes entre sí: un movimiento puede elegir una o ambas estrategias simultáneamente (...) Dentro de cada categoría genérica también existe una variedad significativa de tácticas, estrategias e intensidad.

La violencia y la no violencia no son necesariamente excluyentes entre sí: un movimiento puede elegir una o ambas estrategias simultáneamente. Tampoco son sinónimos la resistencia no violenta y la ausencia de resistencia violenta: la resistencia no violenta incluye una amplia gama de tácticas activas que implican un

fuerte compromiso con una causa y una disposición a correr un riesgo personal. Dentro de cada categoría genérica también existe una variedad significativa de tácticas, estrategias e intensidad. Asimismo, hay una zona gris no desdeñable entre la violencia y la no violencia: algunas estrategias de resistencia podrían ser caracterizadas como «cuasi violentas» y la violencia puede ser proactiva —como en el caso de un ataque suicida— o reactiva —como en el caso de la autodefensa colectiva en respuesta a una agresión estatal—. Tanto la violencia como la no violencia pueden ser formales y organizadas, o informales y desorganizadas. Grupos u organizaciones particulares pueden llevar a cabo actos de violencia planificados, al igual que los individuos dentro de un movimiento más amplio pueden seguir una estrategia discordante con su comunidad en su conjunto.

A los efectos de este artículo, estamos particularmente interesados en la resistencia en los territorios ocupados, diferenciada de la resistencia explícitamente alineada con el Frente Polisario. Desde el año 2001, con el inicio de una nueva intifada, el centro de resistencia se ha trasladado de Tinduf a las calles de El Aaiún (Zunes y Mundy, 2010: 140). La no violencia del Polisario, es decir, el hecho de no reanudar la guerra con Marruecos, es conceptual y políticamente distinta de la no violencia de los manifestantes en el Sáhara Occidental ocupado.

La paradoja de la no violencia

Políticamente, el territorio que hoy se conoce como Sáhara Occidental está dividido por un muro militarizado o berma –que recorre unos 2.700 kilómetros desde Marruecos hasta Mauritania y que divide el territorio en dos–. Aproximadamente dos tercios del territorio del Sáhara Occidental se encuentra al oeste del muro y está ocupado por Marruecos; el tercio restante, al este, está gobernado por la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), liderada por el independentista Frente Polisario. Marruecos considera que todo el Sáhara Occidental es parte de su dominio histórico, en su narrativa irredentista del Gran Marruecos, y no reconoce ni a la RASD ni al Polisario. Marruecos describe el Sáhara Occidental como sus «provincias del sur» y administra el territorio como parte contigua de Marruecos, aunque bajo una intensa ocupación militar. La zona al este del muro está escasamente poblada; la mayoría del personal de la RASD y del Frente Polisario, así como de los refugiados saharauis, viven en varios campos de refugiados cercanos a Tinduf (Argelia). Ningún Estado miembro de las Naciones Unidas reconoce oficialmente la reclamación de Marruecos sobre el Sáhara Occidental, y la RASD –no Marruecos– es miembro de la Unión Africana; además, la reclamación del Polisario sobre el Sáhara Occidental está reconocida oficialmente por más de 80 países (International Business Publications, 2013: 37).

Aunque los habitantes tradicionales del Sáhara Occidental son saharauis –un grupo etnolingüístico árabe-bereber cuyo rasgo más característico es probablemente el uso común del dialecto Hassaniyya del árabe–, la asociación entre la tierra y la población está lejos de ser simple. La definición de la etnia saharauí es históricamente compleja y ha evolucionado conjuntamente con la definición y la situación política del Sáhara Occidental, aunque hay individuos que se identifican como saharauis (y que hablan árabe Hassaniyya) en Marruecos, Argelia y Mauritania, así como en el Sáhara Occidental (Zunes y Mundy, 2010: 93). Tradicionalmente nómadas, los saharauis han existido históricamente en varios niveles de organización: como individuos, como familias, como linajes tribales y, finalmente, como un grupo étnico poco definido que se ha unido en parte como respuesta al colonialismo y a la rápida urbanización. Según Zunes y Mundy: «El término *saharauí* se usa a menudo para nombrar a un “indígena del Sáhara Occidental”, pero la equivalencia no es exacta. De hecho, según la mayoría de relatos, para considerar a un saharauí “étnico” basta con que descienda de uno de los grupos, mayoritarios o minoritarios –“tribus” o “confederaciones”– del antiguo Sáhara español o de alguna parte de él (...) La definición más pragmática de los saharauis es que son los pueblos de habla Hassaniyyah que se declaran miembros de al menos uno de los grupos sociales que se encuentran en el área ahora conocida como Sáhara Occidental o en los alrededores de esta» (ibídem: 92).

Aunque las cifras demográficas fiables son difíciles de conseguir (y complicadas por la definición de la identidad saharauí), la mayoría de los saharauís viven en la zona ocupada por Marruecos del Sáhara Occidental o en los campamentos de refugiados cerca de Tinduf, en Argelia. La población saharauí exacta en ambos lugares es objeto de controversia; en 2008 se estimó que los habitantes de los campamentos de Tinduf eran unos 125.000 (Human Rights Watch, 2008). En todo caso, probablemente hay menos de un millón de saharauís en todo el mundo. Para mayor dificultad, además de la cuestión de la definición misma de la identidad saharauí y de la complejidad de cualquier medición de las cifras demográficas, desde la llamada Marcha Verde de 1975 y hasta el presente, Marruecos ha introducido cientos de miles de colonos en el Sáhara Occidental, al menos en parte con el fin de distorsionar los resultados en caso de una eventual consulta por la independencia. Algunos de estos colonos –no se sabe exactamente cuántos–, eran saharauís que vivían en el sur de Marruecos, mientras que otros eran árabes o bereberes marroquíes, de las regiones del Rif y del Atlas (Zunes y Mundy, 2010: 192). Durante el proceso de registro de votantes, muchos de los colonos no saharauís recibieron formación sobre costumbres saharauís y el dialecto Hassaniyya. El descarrilamiento del proceso de referéndum a menudo se atribuye a los continuos litigios sobre qué saharauís lo son «en realidad» y cuáles son «fabricados» (ibídem: 193), ya que la inclusión o exclusión de estos colonos en el proceso de votación podría ser el factor decisivo del resultado de la consulta.

La existencia de una entidad política que se corresponda, más o menos, con el Sáhara Occidental actual comenzó formalmente en 1884, con el establecimiento de un protectorado español que se expandió gradualmente a lo largo de los años, junto con las posesiones españolas en el Marruecos actual (Naylor, 2010: 161). Las continuas tensiones e incursiones de tribus saharauís limitaron el control formal de España sobre el territorio y, en la década de los setenta, esta insurgencia pasiva dio lugar al nacionalismo saharauí inicial. El Frente Polisario (del acrónimo español Frente Popular de Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro) se estableció en 1973 y rápidamente se hizo con el control de facto de una gran extensión del territorio que administraba España (ibídem: 239). En 1975, en medio de una tendencia global a la descolonización, el Gobierno español negoció con el Polisario la posibilidad de un traspaso y de la retirada. Tanto Marruecos como Mauritania se opusieron, alegando que el Sáhara español era una parte histórica de su propio territorio. El caso fue llevado a la Corte Internacional de Justicia (CIJ) que, tras algunas deliberaciones, dictaminó que no había lazos históricos de unión entre ese territorio y Marruecos o Mauritania: en opinión del tribunal, el pueblo saharauí tenía el derecho de autodeterminación de la colonia (Zunes y Mundy, 2010: 5). En una maniobra diplomática

audaz, el rey de Marruecos, Hassan II, declaró en un discurso que la CIJ había fallado a su favor; menos de un mes más tarde —en lo que se conoció como la Marcha Verde—, cientos de miles de civiles marroquíes cruzaron la frontera con el Sáhara Occidental. Poco después, España firmó los Acuerdos de Madrid, que dividieron el territorio entre Marruecos y Mauritania y garantizaron la retirada española. El Polisario estableció la RASD como un Gobierno en el exilio y formó el correspondiente Ejército de Liberación Popular Saharaui (ELPS). A partir de finales de 1975, el Polisario inició una guerra de guerrillas contra Marruecos y Mauritania que duró 16 años (ibídem).

El desempeño del Polisario al principio de la guerra fue impresionante: ataques de larga distancia en el corazón del territorio marroquí y mauritano dieron credibilidad militar al movimiento, y el conocimiento tradicional saharauí del desierto profundo dificultó a Marruecos la ejecución de una campaña de contrainsurgencia eficaz. La estrategia militar inicial del Polisario se centró en Mauritania y en 1979 este país se retiró completamente del conflicto, de forma que el Polisario pudo centrarse en los objetivos marroquíes. Sin embargo, con ayuda internacional de varios países, incluidos los Estados Unidos, Marruecos inició una novedosa estrategia de contrainsurgencia, mediante la construcción de una secuencia de barreras defensivas concéntricas y el uso generalizado de minas, lo que permitió a su ejército consolidar sus anexiones alrededor de grandes centros urbanos como El Aaiún. Esta estrategia redujo la actividad del Polisario a ataques relámpago contra un muro cada vez más extenso (ibídem: 23). A finales de los años ochenta, la guerra quedó prácticamente estancada y, en 1991, las dos partes firmaron un alto el fuego bajo la mediación de la ONU y con el acuerdo de celebrar un referéndum; mientras, Marruecos reforzó su defensa alrededor de la ubicación final del muro. La actual berma del Sáhara Occidental, a veces llamada «muro de la vergüenza» por los saharauis, es la barrera de seguridad más larga del mundo (Di Cintio, 2012: 20). Desde entonces, los repetidos esfuerzos tanto de las Naciones Unidas como de varios diplomáticos para organizar un referéndum aceptable por ambas partes han fracasado. Inmediatamente después de la Marcha Verde, Marruecos empezó a instruir a miles de ciudadanos marroquíes en las costumbres saharauis y en el dialecto Hassaniyya en un intento de hacerles pasar por saharauis étnicos; así podrían votar luego a favor de la integración del Sáhara Occidental en Marruecos. El Polisario ha sostenido sistemáticamente que solo se debería permitir votar a los saharauis que puedan demostrar vínculos históricos con el territorio. Marruecos también ha bloqueado propuestas de referendos que incluían la plena independencia como una opción, afirmando repetidamente que la «integridad territorial» de Marruecos nunca será sometida a votación (Zunes y Mundy, 2010: 143). Como resultado, los esfuerzos diplomáticos para resolver el conflicto están esencialmente atascados.

No obstante, el alto el fuego ha sido respetado por ambas partes desde 1991. En el interior del territorio, la resistencia de los saharauis independentistas ha sido casi exclusivamente no violenta y se ha expresado principalmente en forma de protestas, manifestaciones y muestras simbólicas de solidaridad con el Polisario y de compromiso con la independencia. Organizaciones tales como la Asociación saharauí de víctimas de violaciones graves de los derechos humanos cometidas por el Estado marroquí (ASVDH), el Colectivo saharauí de defensores de los derechos humanos (CODESA) y el Comité de defensa del derecho de autodeterminación del pueblo del Sáhara Occidental (CODAPSO) promueven los derechos humanos y la autodeterminación en el territorio, pero tienen un papel limitado en la facilitación de la protesta no violenta. La única excepción confirmada respecto a la estrategia no violenta ocurrió en Gdeim Izik, cerca de El Aaiún, en otoño de 2010. Lo que había comenzado como un campamento de

En el interior del territorio, la resistencia de los saharauis independentistas ha sido casi exclusivamente no violenta y se ha expresado principalmente en forma de protestas, manifestaciones y muestras simbólicas de solidaridad con el Polisario y de compromiso con la independencia.

protesta se acabó convirtiendo rápidamente en una compleja ciudad de tiendas de campaña de unos 24.000 saharauis (CODAPSO, 2011), cuya organización se estructuró horizontalmente e incluyó un hospital y, según algunas versiones, incluso una prisión (Errazzouki, 2014). El 8 de noviembre de ese año, las fuerzas de

seguridad marroquíes entraron y derribaron el campamento, lo que provocó violentos enfrentamientos que dejaron al menos 11 muertos entre las fuerzas de seguridad marroquíes. Parece que esta desviación aislada de la estrategia no violenta fue bastante desorganizada y espontánea; sin embargo, las imágenes impactantes que acompañaron los disturbios –incluida una filmación de un manifestante saharauí que aparentemente orinaba sobre el cadáver de un soldado marroquí y otro vídeo que supuestamente mostraba a un manifestante decapitando a un soldado herido (Mundy, 2010)– perjudicaron la percepción internacional de la causa saharauí y provocaron algunos incidentes violentos –aislados pero brutales– por ambas partes (Dann, 2014).

Los métodos de investigación

Una investigación integral sobre el conflicto del Sáhara Occidental requeriría entrevistas con autoridades de Marruecos y con colonos marroquíes, así como con saharauis contrarios a la independencia. Sin embargo, este proyecto

limitó su alcance a los saharauis partidarios de la independencia de forma explícita, precisamente un grupo cuya no violencia es sorprendente y paradójica. Esta limitación en el alcance de la investigación simplificó considerablemente el proceso de selección de los entrevistados. A partir de un pequeño grupo de contactos iniciales proporcionados por académicos y periodistas que habían trabajado previamente sobre el conflicto, las entrevistas se concertaron en su mayor parte a través de referencias de otros entrevistados. La muestra resultante fue, por lo tanto, no representativa e inclinada a favor de los saharauis independentistas políticamente activos y con más probabilidades de tener estudios universitarios que el resto de la población. Sin embargo, la muestra no sesga los resultados per se. La investigación trata de determinar la estrategia y el comportamiento de un movimiento relativamente pequeño y descentralizado; el hecho de hablar con los líderes (o al menos con individuos socialmente significados) de ese movimiento es utilizar el poco tiempo de investigación de una forma más provechosa que si se construyera una muestra ampliamente representativa de la población.

Por otra parte, y pese a no ser representativa, la muestra puede considerarse sólida en varios aspectos. Las entrevistas se llevaron a cabo en cuatro ciudades: Rabat-Salé, en Marruecos; y El Aaiún, Dajla y Smara, en el Sáhara Occidental. Como resultado, la muestra contenía una sección representativa de los saharauis que viven en el Marruecos urbano y en varias ciudades del Sáhara Occidental con características demográficas e historias distintas. Además, la edad de los participantes era de entre 18 y 65 años; en consecuencia, se pudieron entrevistar a saharauis que vivieron bajo la colonización española y lucharon en la guerra de 1975-1991, así como a otros que han crecido bajo la ocupación marroquí. Debido a los desafíos situacionales y a una tendencia al debate abierto en lugar de sesiones individuales, tuvimos algunas dificultades para definir con precisión las «entrevistas»; hablamos con unos 60 saharauis en el marco de este proyecto. En cuanto a la distribución por géneros, la muestra fue deficiente: solo dos participantes fueron mujeres. Puesto que los investigadores y los traductores eran hombres, el sistema de referencias tendió a dirigirnos solo a hombres, incluso cuando solicitábamos hablar con mujeres. Algunas evidencias existentes en la literatura y –de forma anecdótica– también nuestros contactos sugieren que las mujeres desempeñan un papel importante en la resistencia. En esta línea, las investigadoras sobre el terreno han producido importantes aproximaciones a la función de género en la sociedad y en la resistencia saharauis, pero las prácticas culturales dictan un cierto grado de segregación de género. Este problema, seguramente, podría haberse evitado parcialmente con la presencia de una mujer entre los investigadores o como traductora. En todo caso, aunque probablemente ello no

supone una amenaza significativa para la integridad de los resultados, el haber introducido la perspectiva de género podría haber facilitado la comprensión.

Todos y cada uno de los participantes reconocieron al Polisario como representante legítimo tanto del pueblo saharauí como del movimiento independentista del Sáhara Occidental. Esto fue una sorpresa, ya que la bibliografía sugiere al menos un cierto desacuerdo sobre este asunto. Algunos factores podrían explicar esto: el más obvio es que nuestro sistema de referencias permitió a nuestros contactos primarios dar forma a lo que nos contaron. Sin embargo, probablemente también es cierto que la propaganda anti Polisario en Marruecos ha dado una imagen del grupo como significativamente menos representativo de lo que realmente es: aparte de nuestras entrevistas, observamos manifestaciones y grafitis por todas partes en apoyo al Polisario. Aunque los resultados no son concluyentes, todas nuestras observaciones sugieren un apoyo abrumador y lealtad al Polisario en el Sáhara Occidental, y ninguna de nuestras observaciones sugiere lo contrario.

Por otro lado, los entrevistados atribuyeron casi unánimemente la no violencia saharauí a una decisión ética, afirmando que optaban por abstenerse del uso de la violencia porque la consideraban inmoral; además, se habían comprometido, como comunidad, a esperar la consulta ordenada por la ONU o confiaban en la labor de la comunidad internacional para resolver el conflicto. Gran parte de los entrevistados también atribuyeron la no violencia a la estrategia diplomática del Polisario; en varias ocasiones, los entrevistados dijeron que estaban personalmente a favor de volver a la guerra, pero que elegían no hacerlo por respeto al Polisario o con el fin de demostrar públicamente su reconocimiento al Polisario como su legítimo representante. Este tipo de respuestas fueron sorprendentemente similares en todas las ciudades, con poca variación; y la colusión era improbable ya que muchos de los entrevistados no se conocían ni habían oído hablar nunca el uno del otro. Por ejemplo, expresos políticos en el Marruecos urbano y jóvenes en Smara respondieron de la misma manera. Otros desincentivos para el uso de la violencia eran la abrumadora superioridad de Marruecos en materia de información en el territorio y el hecho de que la violencia de cualquier saharauí pondría en entredicho a toda la comunidad y sus esfuerzos de resistencia, o facilitaría el trabajo de la propaganda marroquí para dar una imagen violenta del Polisario.

Si bien hubo claramente un aspecto performativo en todo este proceso de trabajo, ello fue lo suficientemente consistente como para que la unanimidad de respuestas constituyese una especie de fuerza centrípeta en y de sí misma: si todo el mundo en la comunidad cree en una cierta ética estratégica de no violencia, entonces la performatividad no importa, incluso cuando esa performatividad es generalizada y deliberada.

Discusión de resultados

La violencia –la insurgencia, la autodefensa y quizá también el terrorismo– podría «ser eficaz» o no en el Sáhara Occidental, pero independientemente de que esas técnicas produjeran el resultado deseado, la violencia tendría también un coste considerable para las personas y el movimiento. La violencia es intuitivamente desagradable para la mayoría de la gente en la mayor parte de los casos. La violencia de los individuos contra un actor estatal, con una superioridad abrumadora para tomar represalias contra los agitadores y sus familias, requiere un alto grado de motivación y una singular combinación de egoísmo y altruismo. Aparte de las motivaciones y elementos de disuasión individuales, ¿qué tipo de cálculo podría plantearse un movimiento de resistencia cohesionado, unitario y racional en el Sáhara Occidental al elegir estrategias de resistencia? A menudo se dice que el «terrorismo», en su definición clásica, es más eficaz cuando se utiliza para persuadir a las democracias para que pongan fin a la ocupación de un territorio extranjero. A pesar de que las definiciones de «democracia» y «ocupación» son complicadas en la práctica, podemos ver cómo podría aplicarse esta lógica en el caso del Sáhara Occidental. Países que sin duda no son *más* democráticos que Marruecos han sido persuadidos de poner fin a una ocupación por la actividad insurgente en el pasado –por ejemplo, la Unión Soviética en Afganistán durante la década de los ochenta–. En el caso del Sáhara Occidental, sin embargo, hay algunas razones para pensar que el terrorismo o la insurgencia podrían ser contraproducentes o prohibitivamente costosos.

La percepción internacional de la causa saharauí fue mencionada con mucha frecuencia durante el trabajo de campo. La situación del Sáhara Occidental es confusa para los estándares de los activistas internacionales. Una situación comparable ha persistido en Palestina –a pesar de los esfuerzos de los activistas internacionales–, en gran parte debido a la facilidad con la que el nacionalismo palestino puede confundirse con sus elementos militantes o ser eclipsado por estos. Aunque gran parte de la confusión que genera el conflicto es resultado directo del control de la información y del acceso a ella por parte de Marruecos, la poca atención prestada al conflicto podría ser fácilmente eclipsada por una narrativa que describe a los nacionalistas saharauís como un movimiento cuasi terrorista vulnerable a la penetración de Al Qaeda y grupos afines. De hecho, tal narrativa existe ya, aunque incluso un examen superficial de la historia del conflicto sugiere lo contrario: Al Qaeda y el Polisario (así como los activistas saharauís en la zona ocupada) no comparten ni objetivos ni ideologías, y sostienen visiones diametralmente opuestas sobre el futuro de África del Norte. Sin embargo, la mayoría de los saharauís, especialmente aquellos políticamente activos, son muy conscientes de la posibilidad de que su lucha pueda ser calificada de terrorista.

Podemos intuir que otro elemento estratégico disuasorio del uso de la violencia en apoyo del nacionalismo saharauí es el hecho de que probablemente este no sería eficaz. La superioridad militar marroquí en el Sáhara Occidental prácticamente no tiene precedentes: puede que la fuerza de ocupación supere en número a la población ocupada. Incluso una insurgencia violenta en la que participaran todos y cada uno de los saharauis del Sáhara Occidental sería superada en armamento por las fuerzas de seguridad marroquíes –por no hablar de los colonos marroquíes–; además, la población saharauí en el Sáhara Occidental tampoco tiene acceso real a los materiales necesarios para una insurgencia. La segregación de los saharauis en determinados barrios, así como la relativa facilidad con la que pueden ser identificados por su forma de vestir, lenguaje y cultura, implican que un movimiento insurgente en el Sáhara Occidental se enfrentaría a dificultades considerables para crear el «problema de identificación» en el que generalmente se basan las insurgencias.

Una insurgencia en el Sáhara Occidental sería probablemente ineficaz y prohibitivamente costosa, por lo que poco sorprende que los líderes activistas en el territorio ocupado se hayan abstenido de participar en ninguna; además una insurgencia semejante sería con toda probabilidad impopular entre los saharauis, a menos que fuera coordinada con el Polisario.

En consecuencia, si se sopesan la baja probabilidad de éxito y los costes políticos y sociales del uso de la violencia, parece poco probable que la insurgencia en el Sáhara Occidental sea una estrategia eficaz para los saharauis nacionalistas, sobre todo sin el apoyo activo de, al menos, el Polisario. Además, esta falta de éxito acarrearía un contra-

golpe: los saharauis que fueran capturados o sospechosos de participar en la insurgencia o de apoyarla se enfrentarían con toda probabilidad a represalias por parte del Estado marroquí. Existen pruebas de que los activistas saharauis no violentos son golpeados, torturados y detenidos habitualmente; hay muchos informes sobre soldados marroquíes que han atacado o agredido sexualmente a esposas, madres y hermanas de conocidos activistas saharauis. En una comunidad cohesionada como la que comparten la mayoría de los saharauis, este tipo de amenazas efectivamente disuaden de pasar del pensamiento a la acción.

Si tenemos en cuenta que una insurgencia en el Sáhara Occidental sería probablemente ineficaz y prohibitivamente costosa, poco sorprende que los líderes activistas en el territorio ocupado se hayan abstenido de participar en ninguna, por no hablar del hecho de que una insurgencia semejante sería probablemente impopular entre los saharauis en general, a menos que fuera coordinada con el Polisario. Sin embargo, la violencia individual es un asunto diferente: algunos de los elementos disuasorios mencionados también son aplicables a este tipo de violencia (como la probable represalia marroquí con-

tra miembros de la propia familia), pero gran parte de la literatura sobre la violencia política desagrega correctamente el comportamiento estratégico de los movimientos políticos de la violencia individual de las personas que integran un movimiento. El grado en que esta estrategia es a la vez generalizada y centralizada en un movimiento que tiene una estructura formal limitada y de carácter vertical (*top-down*) es parte de lo que hace que la resistencia saharauí sea tan interesante y merece investigación futura.

Ejercicios de reflexión

Dos ejercicios de reflexión ofrecen una oportunidad interesante para plantear la existencia de un movimiento de resistencia violenta en el Sáhara Occidental y entender por qué no existe tal resistencia en la realidad. Estos casos hipotéticos se basan en preguntas y debates posteriores a algunas de nuestras entrevistas, en los que nuestros traductores y algunos de los entrevistados exploraron su propio razonamiento acerca de estrategias de resistencia particulares.

¿Qué pasaría si una célula de resistencia saharauí concreta intentara conseguir armas con la intención de llevar a cabo un ataque mortal contra las fuerzas de seguridad de Marruecos? En este caso, nos interesa la resistencia desorganizada, que se diferencia de la resistencia real observada en su intención –causar daño letal– y en el uso de armas de fuego o explosivos. Presumiblemente, el contrabando de armas hacia el Sáhara Occidental implicaría una planificación previa y, por lo tanto, sería susceptible de ser interrumpido por los servicios de seguridad marroquíes. Es probable que exista ya cierto grado de contrabando en el territorio, pero no está claro en qué medida este es organizado o formal; por consiguiente, es difícil predecir cuán vulnerable sería dicha actividad a la penetración por parte de los servicios de inteligencia de Marruecos, pero las restricciones de desplazamiento y asamblea probablemente la dificultarían. La omnipresencia de la vigilancia marroquí en las principales ciudades complicaría la organización de un ataque urbano, pero un movimiento nómada en el desierto podría ser más sencillo, por lo que sería menos arriesgado atacar un objetivo rural. Por ejemplo, la cinta transportadora de fosfatos de Bou Craa es particularmente vulnerable: ha sido objeto de sabotajes de baja intensidad en alguna ocasión, aunque con poco éxito (WSRW, 2007); pero un ataque más sofisticado podría potencialmente alterar la extracción de fosfato marroquí. Con la industria pesquera en el Sáhara Occidental y la futura exploración de petróleo probablemente pasaría lo mismo, aunque estas industrias carecen de un único punto vulnerable –cuyo ataque sería determinante– como en el caso de la cinta transportadora de fosfatos.

No obstante, el elemento más disuasorio para la no violencia saharauí probablemente sea la estructura de autocontrol de la propia comunidad saharauí. Varios de los entrevistados dijeron que cualquier saharauí que ejerciera la violencia sin el consentimiento de la comunidad en general sería condenado al ostracismo; la mayoría citó el sentido colectivo de identidad y de misión como el principal elemento de disuasión, ya sea de forma abstracta o como un factor claro que les impide hacer exactamente eso. Escuchamos principalmente dos explicaciones para este fenómeno: la lucha colectiva por la independencia, por un lado, y la represalia marroquí, por el otro. En el primer caso, muchos de nuestros entrevistados atribuían la no violencia generalizada y persistente a la conciencia de toda la población de que la violencia permitiría a Marruecos proyectar una imagen de los resistentes saharauís como terroristas, hecho que empañaría la reputación internacional del movimiento independentista saharauí; en el segundo caso, la explicación era la amenaza implícita de que la violencia severa por parte de un saharauí –incluso (o quizás especialmente) si la identidad del saharauí fuera desconocida– se traduciría en una represalia marroquí contra toda la comunidad, tal vez incluso en todo el Sáhara Occidental.

A la luz de estas hipótesis, las explicaciones saharauís para la no violencia –incluso si son teóricamente improbables– son los medios de investigación más valiosos de los que disponemos, pues arrojan luz sobre las narrativas propias de la comunidad sobre la no violencia y sobre los medios por los cuales los individuos y los grupos justifican sus estrategias de resistencia. La identidad y la cohesión colectivas son difíciles de demostrar y, a veces, aún más difíciles de analizar; pero la imagen del colectivismo persiste y puede contribuir en gran medida a simular (o ejemplificar) la cohesión real, incluso si es performativa en algunos aspectos. Lo mismo puede decirse de otras narrativas persistentes acerca de la ocupación y la resistencia. La creencia de muchos saharauís en la destreza militar del Polisario parece contradecir los hechos establecidos –aunque esto fue bien cierto en 1975, al comienzo de una guerra que durante varios años parecía que el Polisario estaba a punto de ganar–, pero tiene un impacto en cómo se practica la resistencia y en cómo muchos saharauís ven el valor potencial de las resoluciones diplomáticas. Del mismo modo, la creencia en la vigilancia omnisciente de Marruecos –aun cuando basada claramente en una realidad visible y tangible–, probablemente exagera esa vigilancia real, pero determina la forma en que la resistencia moviliza la protesta y las acciones que elige, tanto colectiva como individualmente. En la práctica, por supuesto, un individuo o grupo pequeño que intentara introducir armas de contrabando en el territorio para llevar a cabo un ataque violento se enfrentaría a obstáculos considerables, como la inteligencia y la superioridad militar marroquí, así como la habilidad técnica necesaria para manejar armas pesadas o montar y utilizar explosivos. Además, casi con total

seguridad, Marruecos daría a conocer semejante intento si lo descubriera, como hizo con las células islamistas en el Marruecos urbano.

Entonces, ¿cómo podría diferenciarse ese razonamiento en caso de resistencia violenta organizada preexistente? Como se ha expuesto, una insurgencia urbana en el Sáhara Occidental sería difícil de sostener, por la distribución de las principales ciudades, en gran parte segregadas y fuertemente vigiladas por las autoridades marroquíes. Una insurgencia rural podría tener una vida útil más larga, pero probablemente se encontraría con problemas similares, sobre todo porque no existe un área fuera del alcance de las represalias marroquíes. Un conflicto prolongado seguramente provocaría también ataques de los colonos marroquíes en los barrios saharauis, como sucedió durante los disturbios de Wakkala en Dakhla en 2011. Una insurgencia sostenida también tendría dificultades para obtener y mantener las armas; el Polisario tuvo varios aliados externos durante la guerra con Marruecos (en particular Argelia), pero en el caso de estallar un conflicto violento, el contrabando en el desierto profundo –si bien en gran parte no controlado– posiblemente se restringiría. Una insurgencia de este tipo también se enfrentaría a las dificultades anteriormente mencionadas para organizarse: censura social de la mayoría de los saharauis y justificación de las operaciones continuadas ante las represalias de Marruecos. Dada la superioridad de Marruecos en términos de capacidad militar y de inteligencia, la violencia en el territorio no solo sería difícil y estaría seriamente desaconsejada, en realidad sería casi imposible de sostener sin apoyo externo.

¿Podría el Polisario financiar y apoyar una insurgencia en el Sáhara Occidental sin entrar él mismo de nuevo en una guerra? Muchos de los argumentos en contra del desarrollo de una insurgencia citados anteriormente son aplicables aquí, como que la sospecha sobre la proyección del poder del Polisario (en forma de envíos de armas, personal, etc.) probablemente provocaría controles fronterizos más restrictivos por parte de Marruecos y es posible que se produjeran incluso ataques como represalia contra las bases del Polisario en la RASD. Durante la guerra de 1975-1991, Marruecos utilizó napalm contra la población civil (Zunes y Mundy, 2010: 114) y podría volver hacerlo. La amenaza latente de violencia indiscriminada o sin restricciones, así como el precario impasse internacional en torno al conflicto probablemente desalientan que ambos lados emprendan una escalada significativa. También puede haber incentivos internos para que los dirigentes del Polisario eviten un retorno a la guerra; por ejemplo, perder una guerra contra Marruecos, incluso si el resultado fuese un retorno al statu quo, podría conllevar ajustes en el liderazgo y la estrategia del Polisario. Probablemente, el Polisario sería incapaz de ofrecer un apoyo material significativo a una insurgencia en el Sáhara Occidental más allá de un retorno real a la guerra pero, incluso si pudiera, es difícil imaginar el incentivo para una violación implícita del alto el fuego.

¿Es eficaz el terrorismo?

La primera lección que se desprende del Sáhara Occidental es la precaución al valorar términos como «terrorismo» y «violencia», por su carga política y frecuente manipulación. Después de todo, este artículo ha considerado interesante el caso del Sáhara Occidental por la *falta* de terrorismo, entendiendo por ello que presupone-mos que los saharauis no emplean el terrorismo contra los marroquíes. En cambio, según cualquier definición razonable, el Gobierno de Marruecos sí ha participado en actos de terrorismo, o de terrorismo de Estado, contra los saharauis. Por otro lado, al describir la resistencia saharauí como *no* terrorista, parece que damos a entender que los saharauis en el Sáhara Occidental son una población de donde podrían surgir terroristas, lo que en sí mismo sugiere una definición estrecha, y tal vez problemática, del terrorismo como algo practicado por minorías y poblaciones marginadas contra poblaciones más grandes, y no tanto al revés. Cabe tener en cuenta todo esto para señalar que preguntas como «¿Es eficaz el terrorismo?» son quizás menos útiles que «¿Por qué algunas personas optan por recurrir a la violencia y otras no?». El terrorismo es eficaz en algunas ocasiones –depende de cómo se definan el terrorismo y el éxito–. El éxito de un movimiento que emplea la violencia política como estrategia (por ejemplo, para la expulsión de una fuerza de ocupación, la disolución de una estructura de poder, o algo similar) puede no encajar con los objetivos de una persona que practica la violencia individualmente y cuya psicología particular puede estar sujeta a una mezcla de motivaciones desconcertantes y difíciles de analizar. Las motivaciones de las organizaciones y las de los individuos son a menudo distintas y no deberían confundirse. Asimismo, vale la pena examinar qué tienen en común los casos seleccionados para su estudio: ¿qué esperamos aprender a partir de la agregación de grupos radicalmente distintos, que solo tienen en común la práctica de un cierto tipo de violencia política en condiciones específicas?

En segundo lugar, la «violencia» es una categoría analítica y ontológica pantanosa y controvertida. Los estudios que pretenden sacar conclusiones generales acerca de qué «hace» la violencia o de qué tipo de personas se involucran en la violencia deberían dar pie a una reflexión. Los saharauis a veces tiran piedras a las fuerzas de seguridad de Marruecos, pero no utilizan armas de fuego ni bombas. ¿Dónde se establece la línea divisoria entre la violencia y la no violencia (o la falta de violencia) a los efectos de un determinado estudio, por no hablar de una política? Las fuerzas de seguridad marroquíes, de forma rutinaria, detienen, encarcelan, torturan y agreden sexualmente a activistas saharauis y a sus familiares; los casos de muerte son menos comunes, pero cada año se denuncian varios de ellos. Por lo tanto, ¿según qué lógica podemos concluir que el conflicto del Sáhara Occidental no es violento? La mejor forma de expresarlo podría ser simplemente decir que el Sáhara Occidental

no es tan violento como podría ser; ambas partes ejercen al menos cierto grado de contención. Seguramente, si lo intentaran en un número suficiente, los activistas saharauis conseguirían montar una bomba o introducir un arma de contrabando en el territorio. Del mismo modo, Marruecos podría llevar a cabo una limpieza étnica del territorio y simplemente matar a cientos de miles de saharauis o cientos de activistas. Hay buenas razones, tanto estratégicas como éticas, para evitar cualquiera de estas estrategias. No obstante, el Sáhara Occidental refuerza la idea de la resistencia violenta y no violenta como extremos de un continuo, en lugar de categorías de comportamiento diferenciadas y mutuamente excluyentes.

La violencia es complicada y a menudo tiene una carga política. Más aún el terrorismo, si es que existe como una descripción coherente del comportamiento. ¿Qué hemos aprendido sobre el Sáhara Occidental? En respuesta a la pregunta «¿Por qué no vemos más violencia política en el Sáhara Occidental?», este estudio (considerando las advertencias anteriores sobre la definición de los conceptos de referencia) propone varias explicaciones paralelas. La más generalizable es la densidad de la ocupación: una combinación de colonialis-

Preguntas como «¿Es eficaz el terrorismo?» son quizás menos útiles que «¿Por qué algunas personas optan por recurrir a la violencia y otras no?».

mo de asentamientos y de una fuerza de ocupación masiva evita en gran medida la movilización de la resistencia efectiva. Esto apareció solo de forma indirecta en las entrevistas; muchos participantes mencionaron la dificultad de vivir bajo una vigilancia constante y abrumadora. A modo de ejemplo concreto, explicaban como era prácticamente imposible moverse por El Aaiún sin ser seguido por los servicios de seguridad marroquíes. Esta vigilancia equivale a violencia, al menos simbólica. La vigilancia masiva y la militarización en el Sáhara Occidental crean la impresión de que los actos de resistencia –sea violencia insurgente real o simplemente muestras de solidaridad con el Polisario o de apoyo a la independencia– se toparán con la violencia de los servicios de seguridad marroquíes. Varios de los entrevistados insinuaron que los soldados y policías marroquíes violan o amenazan con violar a las esposas y las hermanas de los activistas saharauis de forma rutinaria. En este sentido, el terrorismo es sin duda eficaz: la amenaza creíble de la violencia permite a Marruecos influir en el comportamiento de una población con fines políticos (en este caso, continuar con su hegemonía sobre el Sáhara Occidental). Esto sugiere que el terrorismo es eficaz cuando los perpetradores del terror son capaces de crear la percepción de que las amenazas de violencia son creíbles. Esto plantea interrogantes interesantes más allá del alcance de este artículo, como averiguar quién es realmente capaz de recurrir al terrorismo y cuáles podrían ser los límites de este tipo de comportamiento. Estas cuestiones podrían explorarse de forma fructífera en un artículo más largo y mucho más filosófico que este.

Conclusión

Cuando se preguntó a los saharauis que participaron en este estudio acerca de sus motivaciones y estrategias de resistencia, estos tendían a atribuir la ausencia de violencia a un conjunto de factores sociales y políticos. Algunos de estos factores expresados eran claramente performativos, ensayados en beneficio de los investigadores. Otras motivaciones, tales como la naturaleza no violenta del pueblo saharauí, parecía importante ponerlas sobre la mesa por otras razones. Sean ciertas o no, las narrativas acerca de «cómo es» un grupo de personas determinado puede llegar a formar parte de la estrategia del grupo. El alto el fuego del Polisario con Marruecos en 1991 fue un acuerdo entre dos fuerzas militares. Las explicaciones diplomáticas y la cuestión de la superioridad militar explican gran parte de la conducta de las *organizaciones* saharauis, pero no explican por qué

La explicación propuesta para la no violencia por parte de los saharauis es multifactorial y se explica por la gran fuerza de ocupación y la singular dinámica social de este pueblo.

los saharauis se abstienen de ejercer la violencia de forma individual.

La violencia es un fenómeno complejo; puede ser ejercida de manera muy diferente en contextos distintos y depende de una serie de factores culturales, políticos, sociales, econó-

micos y ambientales que se resisten a tener una explicación sencilla o monocausal. Por lo tanto, las generalizaciones deben hacerse con prudencia y ser consideradas provisionales y tentativas. Así, por un lado, la no violencia saharauí está condicionada por un tipo específico de represión por parte del Estado marroquí —una ocupación masiva con la correspondiente asimetría de información entre ocupantes y ocupados—, que puede que sea única e imposible de reproducir. Por otro lado, la no violencia está al menos en parte condicionada por una estructura social única, creada por una rápida urbanización poscolonial; una estructura social que, al igual que sus antecedentes nómadas, está excepcionalmente cohesionada y exige un nivel de codependencia, confianza y rendición de cuentas difícil de apreciar sin haberla presenciado. Por consiguiente, la condición real de no violencia prolongada, casi unánime, entre los saharauis del Sáhara Occidental es única; una ocupación menos abrumadora o una ocupación similar sobre un grupo social diferente podrían tener resultados muy diferentes.

No obstante, es posible extraer algunas conclusiones bastante sólidas sobre la resistencia en el Sáhara Occidental. La explicación propuesta para la no violencia por parte de los saharauis es multifactorial y se explica por la gran fuerza de ocupación y la singular dinámica social de este pueblo. Así, la generalización de estos resultados a otros casos puede ser limitada. Los hallazgos de este artículo también cuestionan algunas de las teorías y parte de la literatura sobre

la no violencia anteriormente citadas. Contradiendo el análisis de Pearlman (2014) sobre la cohesión de un movimiento y la no violencia, por ejemplo, el movimiento de resistencia del Sáhara Occidental (al menos en el territorio ocupado) parece ser no jerárquico y descentralizado; sin embargo, manifiesta una fuerte cohesión interna (y un compromiso igualmente eficaz con la no violencia), sin el tipo de estructuras o instituciones de liderazgo que vemos en otros lugares.

Gran parte del interés en el estudio del Sáhara Occidental es comparativo, pero no es en principio obvio qué comparaciones serían las más útiles. La literatura alude con frecuencia a Palestina y a Timor Oriental, pero las diferencias con estos casos son considerables. El Sáhara Occidental es, de alguna manera, un caso excepcional por el tamaño de la fuerza de ocupación y de la población de colonos en relación con la población indígena; por ello, posiblemente sea más acertado comparar el Sáhara Occidental con la situación de los pueblos indígenas de América del Norte y de Australia. Al final, puede que las lecciones más importantes del conflicto del Sáhara Occidental sean más éticas que pragmáticas. En este sentido, se puede aludir a la siguiente cita atribuida de forma diversa a una serie de personajes históricos: «Una civilización se puede medir por la forma en que trata a sus miembros más débiles». Lo mismo se puede decir del sistema internacional actual.

Referencias bibliográficas

- Besenyó, János. *Western Sahara*. Pécs: Publikon, 2009.
- Caro Baroja, Julio. *Estudios Saharianos*. Madrid: Calamar Ediciones, 2008 [1955].
- Chenoweth, Erica y Stephan, Maria. *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*. Nueva York: Columbia University Press, 2012.
- CODAPSO–Comité de Defensa del Derecho de Autodeterminación del Pueblo del Sahara Occidental. *Camp of Gdeim Izik: The Reasons, the Facts, and the Consequences*. Codapso Report, 2011.
- Dann, Naomi. «Nonviolent Resistance in Western Sahara». *Peace Review: A Journal of Social Justice*, vol. 26, n.º 1, 2014, p. 46-53.
- Di Cintio, Marcello. *Walls: Travels Along the Barricades*. Fredericton: Goose Lane Editions, 2012.
- Errazzouki, Samia. «Sahrawi Realities: The Remembrance of Gdeim Izik». *Jadaliyya* (12 de agosto de 2014) (en línea) [Fecha de consulta 10.03.2015] http://www.jadaliyya.com/pages/index/18881/sahrawi-realities_the-remembrance-of-gdeim-izik-%28p

- Human Rights Watch. *Human Rights in Western Sahara and in the Tindouf Refugee Camps*, 19 de diciembre 2008 (en línea) <https://www.hrw.org/report/2008/12/19/human-rights-western-sahara-and-tindouf-refugee-camps>
- International Business Publications. *Western Sahara: A "Spy" Guide. Strategic Information and Developments*. Washington, DC: International Business Publications, 2013.
- Jensen, Erik. *Western Sahara: Anatomy of a Stalemate*. Colorado: Lynne Rienner Publishers, 2012.
- Kalyvas, Stathis. *The Logic of Violence in Civil War*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- Mercer, John. *Spanish Sahara*. Lanham: Rowman & Littlefield, 1976.
- Mundy, Jacob. «Western Sahara's 48 Hours of Rage». *Middle East Report*, vol. 40, n.º 257 (invierno de 2010), p. 2-5.
- Mundy, Jacob. «Moroccan settlers in Western Sahara: colonists or fifth column?». *Arab World Geographer*, vol. 15, n.º 2, 2012, p. 95-126.
- Mundy, Jacob y Stephan, Maria. «A battlefield transformed: from guerilla resistance to mass nonviolent struggle in Western Sahara». *Journal of Military and Strategic Studies*, vol. 8, n.º 3, 2006, p. 1-32.
- Naylor, Philip. *North Africa, Revised Edition: A History from Antiquity to the Present*. Austin: University of Texas Press, 2010.
- Pearlman, Wendy. *Violence, Nonviolence, and the Palestinian National Movement*. Cambridge: Cambridge University Press, 2014.
- San Martín, Pablo. *Western Sahara: The Refugee Nation*. Cardiff: University of Wales Press, 2011.
- Sharp, Gene. *The Politics of Nonviolent Action*. Boston: Porter Sargent, 1973 (3 volúmenes).
- Shelley, Toby. *Endgame in the Western Sahara: What Future for Africa's Last Colony?* Londres: Zed Books, 2004.
- Weinstein, Jeremy. *Inside Rebellion: The Politics of Insurgent Violence*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- WSRW–Western Sahara Resource Watch. «The Phosphate Exports». *WSRW* (29 de julio de 2007) (en línea) [Fecha de consulta 10.03.2015] <http://www.wsrw.org/a117x521>
- Zunes, Stephen. «Upsurge in Repression Challenges Nonviolent Resistance in Western Sahara». *Huffington Post* (17 de noviembre de 2010) (en línea) [Fecha de consulta 10.03.2015] http://www.huffingtonpost.com/stephen-zunes/upsurge-in-repression-cha_b_784639.html
- Zunes, Stephen y Mundy, Jacob. *Western Sahara: War, Nationalism and Conflict Irresolution*. Nueva York: Syracuse University Press, 2010.